Más Allá de la Guerra Espiritual

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***

Los tres evangelios sinópticos conservan un episodio extraordinariamente denso: un muchacho sometido a una fuerza destructiva es llevado ante Jesús después de que sus discípulos no han podido liberarlo. Mateo lo presenta de manera relativamente breve; Marcos desarrolla el episodio con una riqueza narrativa mucho mayor; Lucas concentra la atención en la manifestación del poder de Jesús. No estamos simplemente ante la historia de una expulsión de demonios. El episodio funciona como una revelación acerca de qué significa que el Reino de Dios irrumpa en una realidad dominada por fuerzas que destruyen, y también acerca de la diferencia entre participar exteriormente en la misión de Jesús y vivir desde la fuente interior de su autoridad. Hay que comenzar con una precaución importante. El texto bíblico habla de un "**espíritu inmundo**" o de un "**demonio**", pero no ofrece aquí una teoría sistemática sobre el mundo espiritual. No explica una jerarquía demoníaca, no entrega un catálogo de espíritus, no enseña fórmulas para identificarlos y mucho menos convierte la expulsión de demonios en una técnica religiosa. Todo eso pertenece a desarrollos posteriores. Lo que sí muestra el texto es algo mucho más profundo: el mal espiritual aparece como una realidad que desintegra la vida, mientras que la autoridad de Jesús restaura, libera y devuelve al ser humano a la vida. Ese contraste constituye una de las claves para comprender la guerra espiritual desde la perspectiva del Reino. Los tres relatos nos introducen en una escena que comienza, curiosamente, no con una victoria sino con un fracaso. Jesús desciende del monte y encuentra a sus discípulos rodeados por una multitud, mientras los escribas discuten con ellos. En medio de la controversia aparece un padre desesperado con su hijo. Había acudido a los discípulos buscando ayuda, pero ellos no habían podido liberarlo. El relato comienza, por tanto, mostrando la insuficiencia humana frente a una realidad que la capacidad religiosa de los discípulos no había conseguido resolver. Marcos ofrece los detalles más perturbadores. El muchacho es dominado por un "**espíritu"** que lo arroja al suelo, lo sacude y amenaza con destruirlo. El padre explica que desde pequeño esa fuerza lo ha sometido y que incluso lo ha arrojado al fuego y al agua. No se trata simplemente de una manifestación extraordinaria; el efecto esencial es destructivo. La existencia del muchacho está siendo llevada hacia la muerte. Aquí aparece una primera clave para comprender espiritualmente el pasaje: aquello que domina al ser humano y lo conduce sistemáticamente hacia su destrucción está en oposición al propósito vivificante del Reino. Es importante observar que Jesús nunca trata al muchacho como si fuera el enemigo. El muchacho es la persona sometida; el espíritu es aquello que lo somete. Esta diferencia, aparentemente sencilla, tiene enormes consecuencias para comprender la guerra espiritual. Cuando se confunde al ser humano con aquello que lo esclaviza, la confrontación espiritual termina dirigiéndose contra la persona. Jesús hace exactamente lo contrario: protege la dignidad del ser humano mientras confronta aquello que lo destruye. Esto permite establecer una distinción fundamental. La guerra espiritual, según la lógica del Reino, no consiste en combatir personas consideradas enemigas de Dios. El conflicto está dirigido contra aquello que esclaviza, engaña, degrada, divide y conduce a la muerte. La persona no es el territorio que debe ser destruido; es precisamente aquella cuya libertad debe ser recuperada. Jesús no llega para vencer al muchacho, sino para vencer aquello que había tomado dominio sobre él. El padre introduce entonces una segunda dimensión del conflicto. Se acerca a Jesús y le dice, en esencia: "***Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos***". Jesús responde llevando la cuestión al terreno de la confianza. Entonces surge una de las declaraciones más profundas de todo el episodio: ***"Creo; ayuda mi incredulidad".***

El hombre no presenta una fe perfecta ni pretende tener una seguridad absoluta. Presenta su confianza herida directamente delante de Jesús. Esta frase desmonta una concepción superficial de la fe. La fe no aparece aquí como una especie de fuerza mental mediante la cual una persona consigue producir un resultado sobrenatural. El padre no está fabricando una certeza psicológica para obligar a la realidad a cambiar. Está reconociendo que necesita confiar en alguien que es mayor que su propia capacidad de confiar. Su fe consiste precisamente en llevar a Jesús aquello que todavía no puede resolver dentro de sí mismo. Hay aquí una verdad espiritual de enorme profundidad: la fe no es necesariamente ausencia de conflicto interior. Puede existir fe en medio de la incertidumbre. Puede existir confianza acompañada de temor. Puede existir esperanza mientras la mente todavía lucha. La frase del padre no dice: "**Ya no tengo ninguna duda**". Dice, en esencia: "***Creo, pero mi capacidad de creer necesita ser sostenida"***. La fe se convierte entonces en dependencia, no en autosugestión. Marcos introduce además a los escribas, que están discutiendo con los discípulos. Mientras un muchacho sufre, existe una discusión religiosa alrededor de su sufrimiento. El detalle parece incidental, pero contiene una crítica profunda: es posible hablar mucho sobre Dios mientras una persona permanece atrapada delante de nosotros. Es posible tener argumentos, posiciones y explicaciones, pero no necesariamente capacidad para devolver vida. El Reino desplaza la pregunta. No pregunta primero quién gana la discusión. Pregunta qué está ocurriendo con el ser humano que está sufriendo. Esta es una de las diferencias entre una espiritualidad centrada en sistemas religiosos y una espiritualidad centrada en el gobierno de Dios. El Reino no desprecia la verdad ni el pensamiento, pero se niega a permitir que la discusión sustituya la restauración. La verdad de Dios tiene una dirección: conduce hacia la vida. El episodio comienza, entonces, en un lugar de impotencia. Un padre no puede liberar a su hijo. Los discípulos no pueden hacerlo. Los escribas pueden discutir, pero tampoco pueden solucionar el problema. La multitud observa. El muchacho permanece sometido. Y precisamente en ese punto aparece Jesús. El relato está preparando una revelación: **el Reino de Dios no se manifiesta simplemente mediante ideas acerca de Dios, sino mediante la irrupción concreta de su gobierno en un lugar donde una fuerza destructiva había tomado dominio.** Cuando Jesús interviene, la atmósfera cambia. No necesita construir una ceremonia ni desarrollar un procedimiento elaborado. No aparece buscando descubrir el nombre del espíritu ni establecer una conversación prolongada con él. Jesús ordena que salga y que no vuelva a entrar en el muchacho. La autoridad se manifiesta de manera directa. El centro de la escena no es la técnica utilizada, sino la persona que está ejerciendo autoridad. Aquí aparece una diferencia decisiva entre poder y autoridad. Una técnica puede ser aprendida y reproducida. Una fórmula puede ser memorizada. Un determinado lenguaje puede ser imitado. Pero la autoridad de Jesús no parece descansar en ninguno de esos elementos. Su palabra tiene eficacia porque expresa la autoridad del Rey. No se trata simplemente de una fórmula poderosa; es la expresión del gobierno de Dios entrando en una situación concreta de esclavitud. Esto resulta fundamental para una comprensión no religiosa de la guerra espiritual. Si reducimos la liberación a una técnica, terminamos buscando procedimientos: qué decir, cuánto tiempo hablar, qué nombre pronunciar, qué gesto realizar o qué fórmula utilizar. Pero los evangelios no presentan a Jesús como un especialista que conoce un procedimiento secreto. Lo presentan como aquel cuya autoridad pertenece a una realidad mayor: el Reino de Dios. El Reino, por tanto, no es simplemente una fuerza superior que compite contra otra fuerza. No estamos ante una especie de equilibrio cósmico entre dos poderes equivalentes. El lenguaje del Reino introduce la categoría del gobierno. Algo ha tomado dominio sobre una vida; Jesús irrumpe anunciando y manifestando otro gobierno. La confrontación espiritual consiste, en este sentido, en el desplazamiento de un dominio destructivo por el gobierno vivificante de Dios. Esto explica por qué las expulsiones de demonios ocupan un lugar significativo en la actividad de Jesús. No son espectáculos aislados destinados a demostrar que Jesús posee capacidades extraordinarias. Son señales de que el gobierno de Dios está irrumpiendo en una realidad donde el mal había adquirido espacio. Cada liberación constituye una pequeña manifestación histórica de una afirmación mayor: aquello que esclaviza no tiene la última palabra. Hay algo todavía más profundo en la escena posterior a la expulsión. Marcos relata que el muchacho queda como muerto. La multitud llega a pensar que ha muerto. Entonces

Jesús lo toma de la mano y lo levanta. El relato comienza con una fuerza que arroja al muchacho al suelo y termina con Jesús levantándolo. El contraste es deliberado: aquello que domina lo derriba; Jesús lo pone nuevamente de pie. Aquí aparece quizá la clave más importante de todo el pasaje. La victoria del Reino no consiste simplemente en expulsar una entidad espiritual. Su objetivo es restaurar la vida humana. Jesús no se limita a conseguir que el espíritu abandone al muchacho. Lo toma, lo levanta y lo devuelve a la posibilidad de vivir. La liberación tiene una finalidad: que la persona vuelva a estar de pie. Por eso sería insuficiente definir la guerra espiritual simplemente como la capacidad de expulsar demonios. El propósito último es mucho más amplio: recuperar aquello que estaba siendo destruido. La liberación verdadera conduce hacia la restauración. La persona debe volver a ocupar su lugar en la vida, recuperar su libertad y dejar de estar gobernada por aquello que la llevaba hacia la muerte. Después, los discípulos preguntan por qué ellos no habían podido hacerlo. Mateo relaciona la respuesta con la "***poca fe***"; Marcos pone el énfasis en la oración. No conviene convertir estos conceptos en fórmulas superficiales. Jesús no parece estar enseñando que los discípulos necesitaban acumular una determinada cantidad de intensidad emocional para conseguir un resultado. La fe, en este contexto, está relacionada con confianza y dependencia. El problema no parece ser que los discípulos carecieran de una cantidad suficiente de energía espiritual, sino que la autoridad recibida no podía convertirse en autosuficiencia. Ellos habían participado anteriormente en la misión de Jesús, pero necesitaban recordar que recibir autoridad no significa convertirse en la fuente de esa autoridad. Este principio es decisivo. La autoridad delegada siempre depende de la fuente que la delega. Un embajador puede hablar con autoridad sin ser el soberano. Un representante puede actuar legítimamente sin poseer en sí mismo la autoridad que representa. De la misma manera, el discípulo participa en la autoridad del Reino, pero no se convierte por ello en dueño del Reino. Aquí adquiere sentido la referencia de Marcos a la oración. La oración no aparece como una técnica para aumentar la capacidad de expulsar demonios. Representa una postura interior: dependencia de Dios. La oración mantiene al discípulo consciente de que no es la fuente. Le impide convertir la autoridad recibida en una propiedad personal. Este es uno de los peligros más profundos de cualquier ministerio espiritual: comenzar participando de algo que procede de Dios y terminar creyendo que pertenece a uno mismo. Cuando eso ocurre, la autoridad comienza a mezclarse con identidad, reputación, ego y control. La persona deja de servir al Reino y comienza, consciente o inconscientemente, a utilizar el Reino para afirmarse a sí misma. El fracaso de los discípulos puede haber sido, por tanto, una revelación necesaria. Descubrieron que las experiencias anteriores no podían sustituir la dependencia presente. Habían visto actuar a Jesús, habían participado de su misión y habían recibido autoridad, pero ahora una situación concreta les mostró sus límites. La impotencia puede convertirse en una escuela espiritual cuando obliga al discípulo a volver a la fuente. Si estos relatos se leen desde el centro del mensaje de Jesús, la guerra espiritual no puede convertirse en una obsesión con demonios. El centro no es Satanás, ni los espíritus, ni sus supuestas jerarquías. El centro es el Reino de Dios manifestado en Jesús. El enemigo puede ser real dentro de la cosmovisión del texto, pero nunca ocupa el lugar central. La atención de Jesús está orientada hacia la restauración de la persona y hacia la manifestación del gobierno de Dios. Esto es especialmente importante porque una espiritualidad obsesionada con el mundo demoníaco puede terminar haciendo exactamente lo contrario de lo que pretende. Puede hablar constantemente de aquello que combate hasta convertirlo en el centro de su pensamiento. Puede interpretar cada dificultad como ataque, cada enfermedad como demonización y cada conflicto interpersonal como una guerra sobrenatural. Pero los textos no autorizan semejante simplificación. El Nuevo Testamento conoce diferentes dimensiones del sufrimiento humano. Existen enfermedad, pecado, tentación, injusticia, opresión, conflicto, fragilidad psicológica, decisiones humanas y también realidades espirituales. No todo sufrimiento es presentado como actividad demoníaca. Por eso el discernimiento exige distinguir en lugar de reducir toda experiencia humana a una sola explicación. En estos relatos, sin embargo, el texto sí identifica una presencia espiritual destructiva. Y precisamente por eso podemos observar sus frutos. El muchacho es arrojado, herido, descontrolado y llevado hacia situaciones que amenazan su vida. El espíritu no produce libertad ni integración; produce destrucción. El fruto permite reconocer la dirección de aquello que está actuando. Esta observación

ofrece un principio de discernimiento espiritual: no necesitamos construir una obsesiva taxonomía (Ciencia que se ocupa de los principios, métodos y fines de la clasificación. Clasificación que se realiza según esta ciencia, en especial la que ordena, jerarquiza y nombra, dentro de la biología, los seres vivos) de entidades para reconocer que algo está operando en dirección contraria al Reino. Podemos preguntar qué fruto produce una determinada influencia. ¿Conduce hacia la verdad o hacia el engaño? ¿Hacia la libertad o hacia la esclavitud? ¿Hacia la vida o hacia la muerte? ¿Hacia la reconciliación o hacia la fragmentación? Esto no significa que todo lo negativo sea automáticamente demoníaco. Significa algo más sobrio: el discernimiento espiritual debe observar la orientación y el fruto. El Reino produce vida, verdad, libertad, reconciliación y restauración. Aquello que sistemáticamente produce esclavitud, engaño, destrucción y muerte se encuentra en oposición a esa dirección, aunque determinar la causa concreta requiera mayor discernimiento. Aquí aparece otro elemento importante: Jesús no necesita espectacularidad para demostrar autoridad. No grita para convencer a la multitud. No realiza una exhibición prolongada. No necesita demostrar que posee mayor poder. Su autoridad es sobria. Precisamente por eso resulta peligrosa para cualquier espiritualidad basada en espectáculo: no depende del volumen, de la teatralidad ni de la reacción emocional de quienes observan. La autoridad del Reino no se mide por cuánto ruido produce una confrontación espiritual. Tampoco por cuánto tiempo dura. Ni por la cantidad de personas que observan. Mucho menos por la intensidad emocional del ministro. El criterio final es el fruto. En este caso, el muchacho termina de pie. La vida ha recuperado espacio donde antes dominaba la destrucción. Jesús tampoco parece interesado en convertir al espíritu en protagonista. La confrontación es breve y subordinada a un propósito mayor. Esto debería protegernos contra una curiosidad espiritual enfermiza. La fascinación por nombres, rangos, genealogías, jerarquías y supuestas clasificaciones demoníacas no constituye el centro de la enseñanza de estos relatos. El Reino desplaza la pregunta de "¿Qué demonio es?" hacia una pregunta mucho más importante: "¿Qué está intentando destruir y cómo se manifiesta aquí el gobierno de Dios?" La primera pregunta puede alimentar curiosidad. La segunda conduce al discernimiento. La primera centra la atención en la oscuridad. La segunda mantiene los ojos puestos en el Rey. La verdadera autoridad tampoco nace de la personalidad del ministro. Puede haber personas naturalmente dominantes, elocuentes o carismáticas que produzcan una fuerte impresión, pero eso no constituye autoridad espiritual. La autoridad del Reino no depende de temperamento, presencia escénica ni capacidad de controlar emocionalmente a otros. La autoridad es participada. El discípulo actúa como representante, no como propietario. Esta diferencia protege tanto al ministro como a la persona que necesita ayuda. Si el ministro cree ser la fuente, puede terminar creando dependencia. Si sabe que es participante, puede servir sin colocarse entre la persona y Dios. Por eso la oración adquiere un significado mucho más profundo que el de una herramienta ministerial. Orar es reconocer que la vida no está bajo nuestro control. Es permanecer orientados hacia Dios. Es abandonar la ilusión de autosuficiencia. Es admitir que ninguna experiencia pasada, ningún título, ningún conocimiento ni ninguna reputación puede sustituir la dependencia presente. El episodio también revela que la fe no debe convertirse en una forma de presión sobre quienes sufren. La frase "***creo; ayuda mi incredulidad***" impide utilizar la fe como instrumento de acusación. El padre no es humillado por reconocer su lucha interior. Jesús no le exige que fabrique una seguridad artificial. La fe puede comenzar precisamente con la honestidad de reconocer que necesitamos ayuda para confiar. Esto resulta fundamental cuando se acompaña a personas heridas. Decirle a alguien que su sufrimiento demuestra falta de fe puede aumentar su carga en lugar de aliviarla. El texto ofrece una alternativa: la persona puede acercarse a Jesús incluso con una confianza incompleta. La debilidad no impide necesariamente la relación con Dios; puede convertirse en el lugar desde donde comienza una dependencia más verdadera. La guerra espiritual del Reino, entonces, no es una guerra de egos espirituales. No consiste en demostrar quién tiene más poder. No consiste en producir miedo. No consiste en dominar psicológicamente a quienes sufren. Su finalidad es liberar sin humillar, confrontar sin destruir y restaurar sin apropiarse de la persona. El contexto inmediato de los tres relatos es decisivo. Jesús viene de la experiencia del monte, donde acaba de manifestarse de manera extraordinaria ante algunos de sus discípulos. Y al descender encuentra inmediatamente confusión, sufrimiento, fracaso y

necesidad. El contraste no parece accidental. La revelación en el monte no existe para escapar del valle; prepara al discípulo para encontrarse con el valle de una manera diferente. Esta transición contiene una enseñanza espiritual profunda. Es relativamente sencillo hablar de Dios en un lugar de contemplación, claridad y belleza. Mucho más difícil es manifestar el carácter del Reino en medio del caos humano. El Jesús del monte es el mismo Jesús que se encuentra con el muchacho convulsionando. La gloria no lo aleja del sufrimiento; lo conduce hacia él. Por eso una espiritualidad auténtica no utiliza la experiencia espiritual como mecanismo de evasión. La comunión con Dios debería aumentar nuestra capacidad para acercarnos al sufrimiento humano, no nuestra necesidad de alejarnos de él. El monte y el valle no son dos mundos separados. La experiencia de Dios encuentra su prueba concreta cuando entra en contacto con aquello que necesita restauración. Lucas añade una dimensión particularmente importante. Después de la liberación, todos quedan admirados ante la grandeza de Dios. Pero inmediatamente Jesús vuelve a hablar de su entrega y de lo que está por sucederle. Esto significa que los milagros no constituyen el centro absoluto de su misión. La manifestación de poder apunta hacia algo mayor: el camino de entrega mediante el cual Jesús enfrentará definitivamente el problema del mal. Aquí se encuentra una corrección fundamental a ciertas concepciones de guerra espiritual. La victoria de Jesús no consiste simplemente en demostrar que puede ejercer más poder que los espíritus malignos. Su victoria incluye una forma de poder completamente distinta: la entrega, el servicio, el amor y finalmente la cruz. El Reino no vence al mal convirtiéndose en una versión religiosa del mismo mecanismo de dominación. Esto es profundamente importante. Si el poder se define únicamente como capacidad de imponerse sobre otro, entonces la guerra espiritual puede terminar convirtiéndose en una lucha de dominaciones. Pero Jesús revela otro tipo de poder. Él vence sin reproducir la lógica destructiva del enemigo. Su autoridad libera sin esclavizar. Su poder restaura sin humillar. Por eso el episodio del muchacho debe leerse a la luz de toda la trayectoria de Jesús. La expulsión del espíritu es una señal anticipada del triunfo del Reino, pero no constituye la totalidad de ese triunfo. El Reino llegará a su expresión máxima en la entrega del Rey. La autoridad de Jesús no se demuestra únicamente cuando ordena a un espíritu salir, sino también cuando acepta entregar su vida. Esto cambia la definición de victoria espiritual. Victoria no significa simplemente que "el enemigo retrocedió". Significa que el ser humano recuperó su libertad. No significa que el ministro salió fortalecido en su reputación. Significa que la persona pudo volver a levantarse. No significa que alguien pudo contar una experiencia espectacular. Significa que aquello que conducía hacia la muerte perdió su dominio. Aquí debemos regresar a la escena final. Jesús toma al muchacho de la mano y lo levanta. Es difícil encontrar una imagen más precisa del propósito del Reino. Una fuerza lo arrojaba al suelo; Jesús lo levanta. Una fuerza lo llevaba hacia la muerte; Jesús lo devuelve a la vida. Una fuerza lo había reducido a una existencia dominada; Jesús le devuelve la posibilidad de ponerse en pie. Esta imagen también puede ayudarnos a comprender qué significa restauración. No basta con eliminar una influencia negativa. Hay que ayudar a reconstruir una vida. La liberación que no conduce a una existencia nueva permanece incompleta. El Reino no solamente quiere sacar algo de la persona; quiere devolverle algo: dignidad, libertad, relación, sentido, capacidad de decidir y posibilidad de vivir. Por eso debemos resistir la tentación de convertir el episodio en un manual de procedimientos. Jesús no está ofreciendo aquí una técnica para reproducir mecánicamente. Está revelando una realidad: donde el gobierno de Dios entra verdaderamente, aquello que destruye pierde su legitimidad y la vida comienza a recuperar espacio. La pregunta más profunda no es entonces: "¿Cómo puedo aprender a hacer lo que Jesús hizo?" Antes de esa pregunta existe otra: "¿Desde qué gobierno estoy viviendo?" La autoridad espiritual comienza con la alineación. El discípulo no puede representar adecuadamente un Reino al que interiormente no quiere someterse. Aquí aparece nuevamente la oración. Orar es regresar al centro. Es reconocer que el Reino no me pertenece. Es abandonar la necesidad de controlar resultados. Es permitir que la voluntad de Dios tenga prioridad sobre mi deseo de demostrar capacidad espiritual. Desde esa perspectiva, la oración no es una herramienta añadida al ministerio: es una expresión de la realidad desde la cual el ministerio puede existir. La frase del padre vuelve a adquirir significado: ***"Creo; ayuda mi incredulidad***." Es posiblemente una de las mejores descripciones de una espiritualidad madura. No necesita fingir

perfección. No necesita negar las preguntas. No necesita convertir la incertidumbre en pecado. Se presenta delante de Jesús con todo lo que es, incluyendo aquello que todavía no puede resolver. Y quizá aquí encontremos una de las enseñanzas más profundas para la guerra espiritual: **la vulnerabilidad delante de Dios puede ser más verdadera que la apariencia de poder delante de los hombres**. El discípulo que puede reconocer "no puedo" está más cerca de comprender la naturaleza de la autoridad que aquel que necesita demostrar constantemente que puede. Los discípulos descubrieron precisamente eso. Habían participado en obras poderosas, pero ahora habían encontrado un límite. Ese límite no tenía necesariamente como finalidad humillarlos, sino devolverlos a la fuente. La impotencia puede ser destructiva cuando produce desesperación, pero puede ser profundamente transformadora cuando produce dependencia. Finalmente, los tres relatos; **Mateo 17:14-20** - **Marcos 9:14-29** y **Lucas 9:37-43**, convergen en una imagen: Jesús frente a aquello que destruye, y un ser humano recuperando la vida. Ese es el núcleo del conflicto espiritual. No la fascinación con las tinieblas, sino la manifestación del gobierno de Dios. No el espectáculo de la confrontación, sino la restauración del ser humano. Si reunimos Mateo, Marcos y Lucas, encontramos una secuencia que puede resumirse así: una vida está sometida, los recursos humanos fracasan, la religión discute, un padre clama, Jesús interviene, el poder destructivo retrocede y finalmente el muchacho vuelve a ponerse de pie. Esa secuencia contiene una comprensión completa del Reino. Dios entra precisamente allí donde la vida humana ha llegado a un límite. Por eso la guerra espiritual no debería convertirse en una obsesión con demonios. El enemigo nunca debe ocupar el centro de una espiritualidad que pretende seguir a Jesús. El centro es el Rey y su gobierno. Allí donde el Reino se manifiesta, la mentira pierde terreno frente a la verdad, la esclavitud frente a la libertad, la destrucción frente a la vida y la fragmentación frente a la restauración. La autoridad tampoco debe confundirse con control. Jesús tiene autoridad sobre el espíritu, pero utiliza esa autoridad para devolver libertad al muchacho. El verdadero ejercicio de autoridad no aumenta la dependencia de la persona hacia el ministro; disminuye la dependencia de aquello que la esclaviza y la orienta hacia Dios. La oración, entonces, no es una fórmula para conseguir poder. Es la postura del que sabe que no es la fuente. La fe no es una cantidad de energía emocional. Es confianza dirigida hacia Jesús incluso cuando todavía existe incertidumbre. Y la liberación no es un espectáculo sobrenatural; es el proceso mediante el cual aquello que destruye pierde dominio y la persona recupera su capacidad de vivir. Quizá por eso el gesto final contiene más verdad espiritual que toda la confrontación anterior. Jesús toma al muchacho de la mano. No lo deja tirado después de expulsar el espíritu. No se aleja satisfecho con haber demostrado autoridad. Lo toca y lo levanta. La autoridad del Reino termina en contacto con la fragilidad humana. Esta es una diferencia radical. Una espiritualidad centrada en el poder puede preguntar: "¿Logramos expulsarlo?" Una espiritualidad centrada en el Reino pregunta: "¿Qué pasó con la persona?" La primera puede celebrar la manifestación; la segunda observa la restauración. La primera puede medir la victoria por la intensidad del enfrentamiento; la segunda la mide por la vida que vuelve a levantarse. En este sentido, el muchacho es casi una imagen del propósito completo de Jesús. El poder destructivo había convertido su existencia en una secuencia de caídas. Jesús interrumpe esa dinámica. Allí donde algo lo arrojaba al suelo, Jesús introduce una fuerza diferente: una fuerza que levanta. Por eso la guerra espiritual, entendida desde el Reino, no consiste primordialmente en aprender a combatir entidades invisibles. Consiste en aprender a discernir aquello que contradice el gobierno de Dios y permanecer alineados con el Rey mientras se busca la liberación y restauración de aquello que está siendo destruido. El objetivo no es producir guerreros fascinados con la guerra. El objetivo es que la vida vuelva a levantarse. No es hacer famoso al que libera. Es devolver dignidad al que estaba sometido. No es alimentar miedo hacia las tinieblas. Es revelar que las tinieblas no tienen la última palabra. No es fabricar una imagen de poder. Es permanecer dependientes de Dios. Y quizá la definición más sencilla y profunda de todo el episodio sea precisamente esta: **donde el poder destructivo derriba, el Reino levanta.** Ese es el movimiento que atraviesa Mateo, Marcos y Lucas. Y ese movimiento revela la naturaleza de la autoridad de Jesús: no una autoridad que aplasta al débil, sino una autoridad que confronta aquello que lo aplasta; no una autoridad que exige admiración, sino una autoridad que devuelve vida; no una autoridad que convierte al discípulo en dueño del poder, sino una autoridad que

lo mantiene dependiente de su fuente. El muchacho se pone de pie.

Posted in:Crecimiento | | *With 0 comments*